

Extinciones

Alfonso Fernández Burgos



Los veinte relatos que componen el libro *Extinciones* abarcan otros tantos modos de enfrentarse al relato. Aun así —a pesar de esta diversidad en los enfoques y las técnicas narrativas empleadas— el libro guarda una verdadera unidad en torno al tema que anuncia su título. Alfonso Fernández Burgos nos presenta en esta colección de relatos una visión inquietante sobre objetos, lugares o relaciones que ya no existen. Hay ciudades inundadas de

ceniza gris o animales salvajes que desaparecen al ritmo trepidante de lo urbano, intimidades entre seres de distinta naturaleza, y una sucesión de peripecias en las que la frontera entre lo tangible y su pérdida se hace borrosa. Hay también ventanas situadas detrás de muros que protegen o que aíslan, personas que ya no acuden a un café o que desaparecieron de sí mismas, o un padre y un niño que juegan a la extinción de los fuegos que ellos mismos provocan. No obstante, y con independencia de las situaciones aparentemente delirantes que se narran, todos los relatos participan del protagonismo de lo cotidiano, como si la aceptación calmada de la pérdida violenta fuera el único refugio de sus personajes.

Alfonso Fernández Burgos

Extinciones



Gens ediciones
 Colección Guernantes (30)

El autor: Alfonso Fernández Burgos (Jabugo, 1954)

Alfonso Fernández Burgos nació en 1954 en Huelva, y en la actualidad reside en Madrid. Es licenciado en Ciencias de la Información y sus primeras incursiones literarias las realiza dentro del género de la columna periodística.

En 1999 Tusquets Editores publicó su primera novela, *Al final de la mirada*, con el que había obtenido el premio de novela Juan Pablo Forner. Esta novela lo sitúa dentro del panorama literario como un autor de lenguaje sobrio, con un trazado personalísimo en sus tramas narrativas y una mirada artística absolutamente personal con la que elabora universos cargados de sentido. Su segunda Novela, *Skins*, fue publicada en el año 2007. Como escritor de cuentos ha obtenido distintos galardones y ha participado en varias antologías. Su último el libro de relatos antes de *Extinciones* fue *Mujer con perro sobre fondo blanco* (2004).

Actualmente, compagina su actividad literaria con la enseñanza de la escritura en la Escuela de Escritores de Madrid.

LENCERÍA

A Víctor García Antón

Alicia empieza a ser molesta e invisible como el ruido de las taladradoras. La busco por toda la casa hasta que la encuentro en algún rincón acurrucada, con los ojos negros enmarcados en el óvalo también negro de las ojeras. Y me miente:

—Se me están cayendo las muelas —dice.

—Alicia, hija...

Sin moverse del rincón en el que está sentada me enseña la palma abierta de su mano. No quiero dar la luz del pasillo para no enfrentarme a su invisibilidad dolorosa. Tampoco quiero ver los alicates.

—Mira —repite.

Y miro. Los ojos se acostumbran a la oscuridad y los veo. Sobre la mano tiene varias piezas. Son dientes y muelas con sus raíces. Un chorrito de sangre alegra su pálida invisibilidad junto a la comisura de los labios.

—Alicia, hija —le digo—, no te arranques los dientes.

Me parece ver una sonrisa en su boca. Me arrodillo y la abrazo tanto que creo que estoy abrazando mi propio cuerpo.

—¿Qué ha sido de tus pechos, hija?

—Odio la lencería.

La palabra me evoca los columpios —que van y vienen—, su balanceo, el aire que agita los cabellos y las canciones infantiles.

La dejo en su rincón y me voy a la cocina. Aún no es la hora de comer. Me tiro del pelo y me pellizco sin que me vea Alicia. No quiero que mi cuerpo sienta en exclusiva por un dolor que no es suyo. Y dejo un rato un dedo, hasta que no puedo más, sobre la placa vitrocerámica.

Le preparo algo de alimento, es un rito similar a las rogativas de la lluvia, una liturgia absurda e inútil. Le pongo sobre la mesa del comedor un zumo y un puré. Alicia quiere agradarme y empieza a tomárselos. Me mira desde su transparencia con aire de compasión. Me duele que sea esa lástima hacia mí lo que le hace ingerir el zumo y dos cucharadas de puré. Pero al instante se levanta de la mesa y oigo sus pasos rápidos hacia el cuarto de baño. Los pasos, me digo, lo único que ya en ella es visible. Pongo la mano en el hornillo mientras oigo sus arcadas. Y luego el rumor del agua al descargarse la cisterna. Alicia no quiere molestar, quiere agradarme.

Pronto vendrá de nuevo. El columpio.

Llega más invisible que antes, se ha limpiado los restos de sangre que le caían desde las comisuras de la boca.

—Ya no menstrúo —me dice y se sienta junto a mí en el sillón— ¿para qué quiero los pechos?

Agradezco el dolor de la quemadura en mi mano y miro el documental de la televisión. Un oso camina cientos de kilómetros por una pradera inhóspita y nevada hasta alcanzar el nacimiento de un río. Luego, como si su zarpa fuera la delicada mano de una bordadora, coge un salmón y se lo come crudo, a bocados, saboreándolo. Han sido kilómetros y kilómetros de espacio blanco, de paisaje invisible y cegador hollado por las plantas del oso. Salmón.

—Tendrías que probar el sushi —le sugiero a Alicia.

Pero ella se levanta del sillón y sale corriendo hacia el cuarto de baño. Lo sé porque escucho sus pasos descalzos percutiendo la tarima. Y la cisterna, y un tintineo como de

cuentas de un collar de perlas, pequeñas y delicadas, que van cayendo desde la palma de su mano invisible contra el suelo.

Me pregunto, no sin dolor, cuánto tiempo durará esto. Todas las respuestas me agotan.

Llamo a la enfermera y me dice que no, que no vendrá hoy. Entonces me arrastro por el suelo desde el salón hasta el baño, recojo sus dientes, me siento en el rincón junto a ella, abrazo su cuerpo invisible de ojos negros y le canto una nana. Una nana que suena en su vaivén como la palabra lencería.